

CUATRO MESES DE IGLESIA

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

LA «Revolución de Jesús».—El 21 de junio, la revista «Time» descubrió que 100.000 «hippies» en América se habían convertido espectacularmente a la fe en Jesús.

Su lema es la «Revolución de Jesús», y emplean, como señal distintiva de su nueva creencia, un gran «poster» con la cabeza de Cristo en estilo psicodélico.

Su campo de acción es Texas y, en general, toda la costa Oeste de los Estados Unidos.

En Los Angeles, los coches que rodean la Capilla del Calvario llevan pequeños carteles diciendo «Jesús acaba de llegar». Allí se encuentra el pastor que lo ha movido todo. Empezó en Carolina del Sur el año 1967 y poco a poco se ha ido extendiendo, como mancha de aceite, por toda América, donde en corto espacio de tiempo cuenta ya con medio millón de seguidores, principalmente entre la juventud.

La lectura vital de la Biblia, los cánticos en común, las lágrimas y la explosión de aquellos que hablan «lenguas», como los semihistóricos personajes descritos en el Nuevo Testamento, componen estas asambleas religiosas. La religión usual parece superada, y sólo queda un pose carismático que envuelve a la asamblea. Son unos nuevos «pentecostales» dirigidos —según ellos— por el Espíritu Santo.

Los oficiantes religiosos —los sacerdotes del nuevo culto— llevan el pelo y la barba largos y hablan en voz baja, con ademán recogido, pero haciendo de vez en cuando expresivos gestos: levantan los brazos, juntan las manos y todo el mundo sigue atento lo que allí sucede. Pronto alguna chica joven estalla en sollozos y se encuentra traspuesta. Los demás se emocionan y empieza un cántico lleno de calor.

Otras veces, una predicadora —Kathryn Kuhlman—, en el Shrine Auditorium, reúne a varios miles de personas —jóvenes, sobre todo— el domingo para escucharla devotamente. Con una técnica muy parecida a la de los grandes actos organizados por Hitler se presenta esta persona de edad media, vestida de blanco, a la moda de los años treinta, sonriente y tranquila y haciendo esperar tres horas a su auditorio. Así —como en el caso de Hitler—, el cansancio físico, la sugestión de la música y la monotonía de la espera dejan en un estado acrílico propicio a la sugestión a todos los asistentes. A esto se añade la expectación por conocer los «milagros» acaecidos a los fieles creyentes de este movimiento desde la última reunión pública. Uno a uno van pasando ante el estrado los «favorecidos», que cuentan su caso milagroso para que todos lo escuchen, dando después su refrán de la «vedette» de los años treinta.

A ello se añaden los «night-clubs» dedicados a Jesús, las revistas clandestinas que difunden esta carismática teología «pop», una de las cuales —el «Hollywood Free Paper»— tira cuatrocientos mil ejemplares, y se representa también una ópera en Nueva York titulada «Jesus Super-Star», cuyos discos han sido el best-seller

musical del año en los Estados Unidos. ¿Qué piensan las iglesias cristianas establecidas de todo ello?

Una religiosa católica, profesora de una Universidad de la Iglesia, publicó hace poco un artículo, cuya conclusión —muy americana— era bien simple: «Siempre es esto mejor que la droga».

Por otro lado, los católicos americanos se han impresionado fuertemente por este movimiento pentecostal «pop», que tan rápidamente se ha extendido por los Estados Unidos, a diferencia de Europa, donde apenas es conocido ni produce ningún efecto.

sias (el primero fue —según él— el del Nuevo Testamento, y el segundo, el del inglés Wesley, fundador del metodismo en el siglo XVIII).

Un teólogo católico decía recientemente en América: «Cuando considero estos grupos, debo reconocer la poderosa vitalidad que tienen, y veo en ellos ciertos dones y frutos del Espíritu, estando convencido de la autenticidad de aquello que he podido comprobar personalmente, y considero que todo esto puede ser presagio de cosas mayores».

Esa es la razón por la que el teólogo metodista antes citado —Albert C. Out-

tiempos actuales? ¿Es que la cultura actual, fuertemente racionalizada —en el mejor sentido de la palabra—, puede aceptar, con su crítica profundamente científica de lo social, lo técnico, lo económico y lo filosófico, estas explosiones morbosas y escapistas, cuyo único lema, ante las injusticias del mundo, es contentarse con decir: «Es deplorable, pero lo importante es amar a Jesús»? No, Jesús no es una «vedette» ni una «super-star».

Si era falso decir, como ayer, «nosotros» los católicos, como si los que debemos ser universales formásemos una secta, tampoco es verdad hoy esta emotividad, extrañamente carismática, abierta a todo y a todos, pero con un pequeño y falso estilo, que se nos presenta engañosamente como una renovación.

Cuatro controversias

Los Padres Blancos han salido de Mozambique, pero, lo que es más triste, el silencio vaticano se ha hecho en torno a ellos, a pesar del digno gesto de pacífica «contestación», alreado por la prensa mundial con casi unánime aprobación. En agosto se conoció también una carta —ahora ya famosa carta— que dirigieron en julio de este año veintidós misioneros portugueses del Espíritu Santo que trabajaban en Angola. La carta iba dirigida a la Conferencia Episcopal de aquel país, y en ella —según «Le Monde»— hacían estos religiosos una denuncia no-violenta de la Iglesia angoleña, «íntimamente asociada a los poderosos y minada por el clericalismo y el paternalismo» (revista «Spiritus», número 71).

Proponen estos religiosos para Angola una independencia de lo civil y una renovación religiosa profunda, para superar la falsa situación de «cristianidad» en que se encuentran los angoleños, según dicen. Confiesan haber querido tener el valiente gesto de sus compañeros de Mozambique, pero, ante el olvido jerárquico y el olvido mundial del gesto de los Padres Blancos, piensan que no es conveniente repetir esa actitud y prefieren seguir —a pesar de todo— en el difícil trabajo cotidiano de dar una nueva y más independiente mentalidad a sus fieles africanos.

En Lovaina ha ocurrido otro caso controvertido: seiscientos miembros de la parroquia universitaria han publicado un folleto con este título: «Seiscientos cristianos se interrogan».

Los obispos belgas han mostrado reservas importantes contra las opiniones manifestadas por estos católicos, pero los sacerdotes que animan espiritualmente a estos grupos de seglares les han defendido públicamente. Y por eso el decano de la Facultad Teológica de Lovaina, Monseñor Delhay, ha tenido que reconocer —a pesar de la reticente postura de los obispos— dos cosas: primera, que «hay una profunda generosidad en estas páginas», y segunda, que «este folleto expresa las ideas más frecuentes en los medios



«Por primera vez en nuestra Historia reciente (aunque no en los antiguos concilios toledanos), se juntaron obispos y clérigos para tratar de siete temas básicos que afectan a la expresión y al desarrollo de la vivencia religiosa». (La Asamblea Conjunta, septiembre 1971, celebrada en Madrid.)

«La jerarquía católica lo ve con simpatía», dice el pastor G. Appia en la revista «Réforme» (17 de julio de 1971). Incluso recuerda este pastor cómo el Vaticano —concretamente, el Secretariado para la Unión de los Cristianos— ve con buenos ojos cualquiera de los movimientos pentecostales que están surgiendo, lo mismo entre católicos que entre protestantes, y de los cuales la Revolución de Jesús es uno extremista entre otros muchos. Por eso convocó en Roma, en el mes de junio, un coloquio de dos días entre pentecostales clásicos, teólogos católicos y protestantes de diversas tendencias, que estudiaron el efecto teológico y pastoral que producen estos movimientos carismáticos.

El doctor Outler —profesor de Teología de la Universidad Metodista en el Sur de USA— les llama a estos jóvenes semi-hippies —en lenguaje humorístico— «extraños pájaros», cuya presencia puede ser precursora del tercer renacimiento religioso en las Igle-

las — llega a afirmar que «América está al final de treinta años de cataclismos religiosos, que pueden estar a punto de desembocar en un revivir y despertar de las masas a la fe cristiana». Y añade en forma sorprendente: «Y los católicos americanos pueden hallarse en la vanguardia de este movimiento de fe».

Hace diez años, los católicos americanos se encontraban siempre en la retaguardia de la Iglesia católica, así como de cualquier renovación cristiana, pero el Concilio Vaticano II les ha cambiado radicalmente. De ellos proceden, sobre todo, las llamadas «Iglesias subterráneas», los movimientos católicos pentecostales, la «contestación» radical de las instituciones eclesiológicas y eclesiales, y los sacerdotes que se casan pero no se secularizan.

Pero, ¿podremos creer seriamente que del «consumismo» de los Estados Unidos y de la mentalidad general americana, fuertemente infantilizada, puede venir la salvación religiosa de los

universitarios, incluso fuera de Lovaina».

Gusten o no gusten a la jerarquía las avanzadas opiniones de estos universitarios belgas, y aunque digan los obispos que no representan la totalidad de la opinión católica, sin embargo, Monseñor Delhaye afirma algo que debemos reflexionar también nosotros en nuestro país: «Puesto que el tiempo —dice— de la unanimidad ha pasado, hay que resignarse a las discusiones».

Ciertamente es esto verdad: los obispos y los clérigos ya no poseen de hecho, en la Iglesia, esa libertad y ese poder omnímodos que antes tenían. Ahora todos podemos y debemos opinar, sobre todo después de un Concilio Ecuménico que demostró cómo muchas ideas que se tenían por intangibles no lo eran ni mucho menos. Y esta lección la van aprendiendo muchos católicos —como esos universitarios belgas—, que ya no se asustan de que pueda haber algún día sacerdotes casados —como en el Oriente católico— o de que la comunidad cristiana deba tener un papel importante y decisivo a la hora de concretar y definir la misión de los sacerdotes, porque ni siquiera esto —la misión sacerdotal— se encuentra ya en las solas manos del clero.

El Papa Pablo VI —a pesar de su cauteloso lenguaje— recordó en septiembre, desde su residencia veraniega de Castelgandolfo, que estas experiencias de pequeñas comunidades cristianas, que buscan un nuevo camino para vivir y expresar su fe y para celebrar los sacramentos, pueden ser legítimas. «No ignoramos —dijo el Pontífice— los peligros a que están fácilmente expuestas estas nuevas formas comunitarias, pero consideramos necesario que se haga un esfuerzo para asistirles, para comprender las tensiones dinámicas y los valores positivos que puedan contener, y, por tanto, hay que buscar que puedan estar dentro de la comunión eclesial de la Iglesia local».

Otra controversia suscitada este verano —la tercera de las que voy señalando— se ha producido con motivo del libro —editado en julio de este año por el teólogo suizo-alemán Hans Küng— titulado «¿Infalible? Una cuestión». Libro que es conocido entre nosotros solamente por su original alemán o por su versión francesa, ya que la española —preparada por la editorial Herder— no ha podido salir porque nuestra jerarquía eclesial le ha cerrado el paso.

Sin embargo, en el extranjero, la controversia en torno a este sorprendente libro ha sido serena y dialogante, por lo general, como lo demuestra la prudente y comedida actitud de los obispos alemanes ante este profesor de Teología de la Universidad de Tubinga. Pero han sido dos excelentes y muy diferentes teólogos —el agustino canadiense Gregory Baum y el jesuita germano Karl Rahner— quienes, desde un elevado punto de vista, han discutido más minuciosamente la interpretación que de la infalibilidad presenta Küng.

Porque Hans Küng —el teólogo católico que tanto colaboró en el Concilio— se ha atrevido a una cosa que ayer hubiese parecido inaudita: ha puesto en cuarentena la interpretación tan estricta que de la infalibilidad eclesial y pontificia dio en el siglo pasado el Concilio Vaticano I. Piensa Küng que los adelantos de la filosofía del lenguaje —lo que investigaron el filósofo Martin Heidegger, el pensador Lefebvre y el lingüista Chomsky— deben ser tenidos en cuenta a la hora de entender lo que quiera decir hoy el dogma de la infalibilidad. Cree que no puede uno contentarse con contestaciones demasiado simplistas y sin matizar, como las que fue-

ron redactadas en un tiempo en que no se conocían todavía estos hallazgos científicos. Por eso propone que, en vez de defender una infalibilidad en las enseñanzas doctrinales de detalle, se hable más bien de una «indefectibilidad» en la historia general de la Iglesia, predicando siempre el Evangelio: para Küng no son interesantes ni completamente seguros los detalles doctrinales, sino la enseñanza global y vital del Evangelio, que siempre ha estado presente —de una forma más o menos defectuosa en lo concreto— en la Iglesia.

Pero el padre Baum no le convencen estas razones, como tampoco le convencen al padre Rahner.

Y ahí se encuentra en el tapete esta cuestión, nueva y arriesgada, que divide a los teólogos católicos, si bien hay que decir que Küng —por ahora— se encuentra demasiado solo en su postura, que debe ser digna, sin embargo, de una reflexión más profunda, con una perspectiva más amplia.

El Vaticano —el antiguo Santo Oficio— ha intervenido moderadamente enviando un cuestionario a Küng para que responda a las observaciones que le hacen los teólogos romanos de esta Congregación pontificia y que explique mejor sus puntos de vista. Pero el teólogo de Tubinga —con cortesía un poco

más claramente, en los derechos de los fieles, tan olvidados en la historia reciente de la Iglesia, como es buena muestra el actual Código de Derecho Canónico, promulgado en 1917.

La idea de una Ley Fundamental para la Iglesia proviene de Pablo VI y se encontraba respaldada por bastantes obispos que asistieron al Concilio Vaticano II, incluso orientales (que eran los más refractarios al juridicismo en la Iglesia). Y todo porque esta concepción es muy diferente de la de un código minuciosamente concreto, como el actual. Se trataba con ella de conseguir unas líneas generales jurídicas que fuesen muy amplias, dejando su aplicación y extensión a las diferentes costumbres, ideas y cultura de los países y regiones. Pero, a pesar de lo atractivo que a primera vista parece un proyecto así, no ha tenido eco suficiente en la Iglesia, ni entre la mayoría de los teólogos (por no decir la casi totalidad), ni entre los fieles, ya que sólo algunos canonistas defienden esta idea.

Congar —dentro de su postura contraria al proyecto— insiste en que no se puede precipitar nadie en la Iglesia actual, queriéndola estructurar jurídicamente por medio de unas líneas básicas y normas fundamentales, ya que «la alianza, la fraternidad, la comuni-

do rei», llamado Action Française y condenado por el valiente y enérgico Pío XI en forma tajante, a pesar de los católicos franceses de la aristocracia y de la alta burguesía que le seguían.

Era Maurras un defensor a ultranza de las instituciones tradicionales y, por eso mismo, de la Iglesia tal como había sido en Francia. La defendía por motivos socialconservadores: le parecía que para el país vecino la gran institución jurídica, que es el catolicismo llamado tradicional (el que considera a la Iglesia como una autoritaria y conservadora pirámide clerical), era una garantía de orden y de tranquilidad externa. Y sin duda tenía razón desde su punto de vista, pero la teología católica de los primeros siglos —la de la verdadera Iglesia tradicional— consideraba a la Iglesia fundamentalmente no como un aparato jurídico y autoritario, sino principalmente como una comunidad vital, cuyo móvil principal era la imitación de las posturas y actitudes, independientes del poder político y renovadoras de las costumbres sociales de su tiempo, adoptadas por su fundador, Jesús. Se concebía entonces a la Iglesia no como una sociedad perfecta, al modo conservador, con su cuadro jerárquico de gobernantes absolutos y súbditos sumisos, sino como el cuerpo místico de Cristo, o sea, la vitalidad del amor que tenían aquellos entusiastas seguidores de un maestro que se preocupaba de todos, poniendo siempre en segundo lugar a la ley externa y al orden establecido.

Y por eso no es extraño que se repita ahora la historia —con menos trascendencia social que en el caso de Maurras, pero con más impacto intelectual— en la actitud del buen burgués intelectual, no-creyente y académico francés Maurice Druon. Este verano, en el periódico «Le Monde», publicó un artículo espectacularmente titulado «La Iglesia se equivoca de siglo», que produjo un fuerte impacto entre los católicos de la vecina nación. Toda la prensa francesa se hizo eco de él, para alabararlo o para criticarlo (sobre todo esto último).

Este escritor, que se confiesa fuera de la Iglesia, porque dice encontrarse en una postura de elegante y despreciativo estoicismo, «más cerca de Epicteto y Marco Aurelio que de Pablo o de Tertuliano», se siente desde sus alturas llamado a expresar su opinión sobre los actuales cambios en la Iglesia. Y lo hace con los mismos módulos de pensar que empleó hace más de medio siglo el político ultraconservador Maurras.

Le molesta a Druon —desde su Olimpo agnóstico— que la Iglesia no sea ya un bloque granítico de ideas y actitudes, o de normas y ritos. Añora su antigua estructura ordenada, rígida e inquisitorial, y le repele la actual vitalidad manifestada en un pluralismo de interpretaciones y posturas, desarrollado tras el Concilio Vaticano II.

Rechaza —aunque él no practique la religión— que los altares cambien de orientación y que el sacerdote esté a la vista de todos. No le gusta que se renueven los ritos, ornamentos y lenguaje, porque cree equivocadamente que el culto religioso debía imitar —como de hecho ha imitado durante siglos— a los ritos místicos del antiguo paganismo, tan desdeñado por Cristo. No quiere de ninguna manera que se cambie la severa música de órgano por instrumentos más modernos y populares. Y se escandaliza de que se intenten nuevas y más adecuadas formulaciones de las doctrinas religiosas.

A la Iglesia la comprende como un mecanismo de conservación; y tiene necesariamente que irritarse cuando la Iglesia se presenta con mayor flexibilidad y actualidad, olvidándose



«La segunda gran Asamblea ha sido el Sínodo de obispos celebrado en Roma, con asistencia de 210 preladados, representantes de los 2.500 obispos del mundo entero».

irónica— ha declinado esta invitación de las oficinas eclesialísticas del Vaticano y no ha contestado a ella.

El cuarto y último objeto de controversia importante en estos cuatro meses ha sido el proyecto de «Ley Fundamental de la Iglesia», criticado por los 220 mejores especialistas católicos en el tema, reunidos en Bolonia en este año. El 6 de agosto último, el gran pionero de los avances teológicos actuales —y miembro de la Comisión teológica encargada del proyecto de Ley Fundamental—, padre Y. Congar, O. P., resume lo ocurrido en forma serena y equilibrada, mostrándose también decididamente contrario a la existencia actual en la Iglesia de una Ley Fundamental que fuese como una especie de Constitución jurídica al estilo de las que tienen los Estados modernos.

Algunos canonistas, sin embargo (como los que publican el último comentario que viene en la revista «Ius Canonicum», editada por la Universidad de Navarra), se muestran partidarios de ella, aunque rectificando el proyecto actual e insistiendo, sobre todo,

dad, los carismas, los diversos ministerios, la corresponsabilidad y la receptividad... son unos valores que están empezando a descubrirse y que, en dos o tres décadas, o quizá antes, se impondrán como fundamentales... y por eso hay que esperar a que el estudio de estos valores se haya desarrollado para poderlos adscribir a una Ley Fundamental que sea aceptable para un próximo futuro, porque una Ley Fundamental —como el proyecto actual— que no los tuviera en cuenta estaría superada antes incluso de ser promulgada» («La Croix», 6 de agosto de 1971).

Los incrédulos y los integristas

No es ninguna casualidad que uno de los principales promotores del ultraconservadurismo religioso francés fuese un incrédulo: Charles Maurras. Fundó a principios de siglo el famoso movimiento monárquico de los «camelots

—aunque todavía sea muy lentamente— de esa pesada imagen jurídica y litúrgica que nos abrumaba —y nos abruma— a muchos cristianos. Por eso se muestra contra la libertad de pensamiento dentro de la Iglesia, sea de investigación, ensayo o renovación cultural. «Son —dice— los filósofos los que deben poner en cuestión todas las cosas, los sabios encontrar, con su investigación, nuevos caminos de la verdad haciendo comprender que las afirmaciones de ayer se quedan anticuadas y se convierten en los errores de mañana; pero esto —sigue diciendo— no les incumbe a los teólogos ni a los curas».

Querría que se siguiera en la religión —aunque expresado con mayor eufemismo— la norma de nuestro político decimonónico Bravo Murillo, cuando se mostró contrario a la popularización de las escuelas, diciendo: «Lo que necesitamos no es gente que piense, sino mozos de carga». Política que, más o menos confesada, sería la secreta añoranza también de algunos católicos entre nosotros.

Por eso se revuelve Druon —como está ocurriendo en algunos ambientes conservadores españoles— contra lo que considera ser poco patriotismo del catolicismo francés. Y lo plantea con estas claras palabras, de triste aplicación a la cerrada mentalidad cesaropapista que tienen también entre nosotros algunos: «¿La Iglesia de Francia ama todavía a Francia? Uno se lo pregunta cuando Roma resulta impotente para imponer a su clero más reserva en las intervenciones políticas; y se podría uno preguntar también si no sería nuevamente oportuno el galicanismo».

Habría muchos católicos —en Francia y fuera de ella— que no se atreven a decirlo, pero Druon lo hace por ellos, sin escrúpulo alguno. Quieren volver a nuestro regalismo español decimonónico, todavía imperante en nuestro siglo; o al galicanismo del país vecino, en los que la Iglesia pierde sus dos más preciadas cualidades: la independencia y el universalismo. No quiere que se separe el poder civil y el poder espiritual; sino que este último se adapte y aun someta al otro. Y propugna un capillismo nacionalista, que es la muerte misma de la esencia abierta a todo y a todos del cristianismo.

No, la Iglesia con su postura —que todavía nos parece a muchos demasiado tímida— no se equivoca de siglo, como piensa Druon. Interpreta este pensador que el hombre actual, con su morboso afán de seguridad egoísta, lo que necesita es una fuerte Iglesia conservadora, pero se equivoca el elegante académico francés. Lo que ocurre es que él se confunde de Iglesia, al querer un catolicismo domesticado por la burguesía ultra-conservadora: ésa no puede ser, ni es, la Iglesia posconciliar.

Y cuidado con el conservadurismo religioso español, que cuanto más parece querer ser tradicional, lo que hace es propugnar una Iglesia que sea un freno a la renovación social y cultural del mundo actual. Y en eso se encuentra de acuerdo con estos dos pensadores incrédulos, pero conservadores (por

más que Maurras se convirtiese a la fe al final de su vida), como lo fueron el precursor fascista que fue fundador de l'Action Française y el hoy selecto académico Druon, prototipo de la burguesía ultra-conservadora amante de una situación cesaropapista.

Nuevos «aggiornamentos»

Aunque los padres hablamos demasiado poco de ello, uno de los problemas que más nos inquietan —o deberían inquietarnos— es la formación religiosa de nuestros hijos.

Una reciente encuesta francesa aborda el tema; y un libro titulado «Tú y Nosotros», escrito por un grupo de sacerdotes y padres de la ciudad de Orleans, intentan dar soluciones concretas.

Yo tengo en esto una experiencia penosa: la mía y la de mis hijos. A mí los profesores de religión no supieron enseñarme que la ciencia y la fe siguen caminos distintos, pero que no son contradictorios. Recuerdo todavía mis problemas íntimos entre la Biblia y la evolución, entre la Creación del mundo, tal como ingenua y popularmente la describe el libro del Génesis, y la teoría (y en buena parte realidad) de la evolución.

Hoy nos encontramos —a juzgar por la experiencia en mis propios hijos— entre dos extremos también falsos en la enseñanza religiosa: el del profesor «cumplidor» que enseña aquello que le parece esencial del catolicismo tradicional, y no quiere metarse en dibujos exponiendo nuevas explicaciones, porque piensa equivocadamente que el niño no las comprende, y, por otro lado, el «renovador» que pinta un cristianismo «ideal» a diferencia de las demás religiones, que le parecen dignas de crítica, olvidando que en nuestra propia religión existen muchas veces los mismos o parecidos defectos humanos que en otros cultos.

Unos y otros debían recordar que «es preciso conocer al joven real», y no suponer en el alumno un ser que no discurre o que carece de sentido crítico, como recuerdan muy bien estos católicos franceses que quieren «poner al día» la enseñanza religiosa. Porque el niño y el adolescente de hoy, ante la enseñanza del profesor «cumplidor» rechaza la religión exteriorista y llena de formalidades burocráticas que les presenta, y ante el profesor «renovador», que describe, se oponen a ejercer una crítica partidista, y que no se aplique también a un cristianismo falsamente puro y erróneamente idealizado. Estos católicos franceses piensan que «hay que renunciar a hacer de los jóvenes alumnos unos repetidores del pasado», y opinan que se hace preciso «adoptar una auténtica actitud no-directiva» porque los autoritarismos de los conservadores y de los avanzados ya no pueden aplicarse a la educación; el alumno necesita vivir, participar y dialogar, aunque sea un niño o un adolescente inmaduros.

Además, la religión tampoco debe presentarse como una verdad inconcusa, venida del cielo casi por arte de magia, sino como un descubrimiento personal que se inicia al preguntarse sobre el sentido último que tiene la vida corriente en la familia, en la diversión o en la escuela. A quien así se le ayude a alcanzar la experiencia religiosa, y la viva, será religioso; pero quien la aprenda externamente, como una coacción que coarta nuestra espontaneidad y nuestra libertad, rechazará algún día la religión, o le convertirá en un ser disminuido humanamente, o le hará un neurótico esclavo de aquella neurosis colectiva que descubrió Freud en la religión usual en muchos.

Dos Asambleas decisivas

La prensa de todo el mundo ha dado una gran importancia —y con razón— a estas dos reuniones eclesiológicas, la primera ocurrida en España y la segunda en Roma.

Por vez primera en nuestra Historia reciente (aunque no en los antiguos concilios toledanos) se juntaron obispos y clérigos para tratar de siete temas básicos, que afectan a la expresión y al desarrollo de la vivencia religiosa. Los seglares sólo tuvieron una presencia simbólica; pero los sacerdotes pudieron colaborar, discutir y votar con los obispos durante una semana, que la revista católica «Vida Nueva» calificaba de «histórica en la vida católica de España».

Las siete ponencias fueron discutidas, entrando en buena lid los más escabrosos asuntos, que fueron sorprendentemente aprobados por amplísima mayoría de votos de los obispos y sacerdotes. Allí merecieron aprobación temas como éstos: la libertad de expresión, de asociación y de reunión siempre que no atente contra el auténtico bien común; la mayor realización de los derechos de la persona humana; el derecho a la objeción de conciencia en los jóvenes que estén en edad militar, sea por motivos éticos o religiosos; y la abolición del actual Concordato. Además pidieron la superación del clero como estamento o grupo social exclusivista; el trabajo civil para el sacerdote; la comunicación a Roma de los diversos pareceres existentes sobre el celibato del clero (uno de los cuales fue el deseo mayoritario de que se ordene como sacerdotes a hombres casados), y que se supriman categorías eclesiológicas, que deberían estar ya superadas, evitando además los obispos los actos oficiales; y, por último, que se respeten todas las diversas corrientes doctrinales que existen en la Iglesia.

Tampoco escatimaron el pedir la total independencia económica de la Iglesia, así como la constante actualización en la formación cultural y religiosa del clero. Y entre las más polémicas estuvo una resolución que le faltó un voto para ser oficialmente aprobada (mereció una amplia mayoría de 130 sí, 66 no y dos en blanco). La resolución decía: «La cons-

tatación de nuestras limitaciones y el reconocimiento de nuestros pecados, tanto individuales como colectivos, cometidos —por el clero— en el ejercicio de su ministerio, nos lleva, en estos momentos, a pedir perdón por cuantas veces no supimos ser verdaderos ministros de reconciliación, evangelizadores y constructores de la «comunidad» de nuestro pueblo».

Hubo algún grupo sacerdotal, como la Hermandad de San Antonio María Claret (que representa sólo el 15 por ciento del clero español), que se opuso a la asamblea dudando públicamente de su legitimidad representativa, y a cuya postura se adhirieron solamente 11 obispos españoles (el 15 por ciento solamente de los preladados del país). Señal de que los vientos han cambiado claramente en el clima eclesiológico hispano. Pero el presidente de la Asamblea, Monseñor Tarancón, salió al paso de esta postura minoritaria, defendiendo públicamente que esta Asamblea de obispos y sacerdotes tenía carácter oficial y era verdaderamente representativa, poniendo como prueba de ello la presencia de todos los obispos, e incluso de los mismos que disientan.

La segunda gran Asamblea —preparada durante meses de paciente labor colaboradora de clérigos y seglares— ha sido el Sínodo de Obispos celebrado en Roma, con asistencia de 210 preladados representativos de los 2.500 obispos del mundo entero.

La primera Asamblea —la nuestra— puede tener una gran importancia por lo que ha supuesto de diferencia respecto a la orientación adoptada por el mundo eclesiológico español; pero el Sínodo mundial —del que equivocadamente tanto esperaban algunos— ha adoptado una postura de gran suavidad y matización que apenas ha comprometido a los obispos ante los graves problemas sacerdotales y de justicia mundial que tiene nuestro planeta. Ha habido muchos defraudados, entre quienes creían ingenuamente que la influencia conservadora del burocratismo eclesiológico y, en general, de gran parte de la estructura humana de la Iglesia estaban superadas. Entre los mayores teólogos actuales —como son el dominico Schillebeeckx, el redentorista Haering y los sacerdotes René Laurentin y Leo Altig von Geusau— se ha adoptado una postura contra la marcha llevada por el Sínodo mundial. Han declarado que, para ellos, el Sínodo de Obispos no se ha expresado con suficiente libertad, ya que fuertes mecanismos de influencia conservadora han producido en los obispos una decisiva y negativa «auto-censura»; por eso el prudente y moderado padre Haering ha dicho, en un rasgo de valentía, que «los obispos harían bien en volver durante algunos días a sus diócesis antes de votar, y escuchar a sus fieles, a sus sacerdotes y a sus mismos colegas».

De esta reunión —a diferencia de la española— muy poco puede esperarse para la justicia en el mundo, pero sobre todo respecto a la renovación sacerdotal, sin la cual la crisis general irá en aumento alarmante. ■ E. M. M.